

de su discípulo se dirigieron para adentro á que hablara á la demás familia, que como ignoraban el suceso, lo trataron con la estimación de siempre : aquellos golpecitos, y sobre todo las serias reflexiones que tuvo en la cima de la sierra, surtieron su efecto, y convencido de que no había otro remedio que obedecer, se dedicó con empeño á cumplir para ver si así lograba algún día desenojar á su padre, siendo desde entonces otro muchacho, tan humilde, servicial y aplicado, que en poco tiempo se había granjeado la estimación de cuantos lo conocían.

Cuando meditaba en su célebre expedición, se decía á sí mismo : De veras, de veras, soy un topo, ¿qué fui á ganar con haberme largado? ir á andar nueve ó diez leguas por esos malditos texcales, que me hicieron pedazos los zapatos, darme una porción de arañazos con los huizaches que me rasgaron la chaqueta, haberle pegado á mi señor padre su buena cólera, y dado lugar á que con justicia me dijera tantas claridades, y por último, haber tenido que pedirle las gatas á mi maestro, y volver á la casa como perro mojado, curtido y avergonzado. Es verdad que mi maestro ha sido tan prudente, que sobre ese asunto no me ha vuelto á decir una palabra, que cuidó de que nadie haya sabido mi calaverada ; pero mi señor padre no ha vuelto á mandarnos razón de su salud, no sé si vive ó muere, es regular que todavía le dure el enojo, yo no puedo ir á darle una disculpa para contentarlo, y aunque ya sé formar algunas letras son tan grandotas y chuecas, que quién sabe cuántos pliegos de papel entrarían en una carta y puede que tal vez no la comprendiera ; mi maestro no se da por entendido, yo no quiero darle á conocer las ganas que tengo de ir á mi casa, no hay más que tener paciencia y hacer lomos.

## CAPÍTULO II

Lencho el reformado. — Amor primero. — Venganza por mano propia. — Reconciliación.

El día que menos lo esperaba, vió llegar á la escuela á un sirviente de su casa estirando dos caballos ensillados, salió muy placentero á saludarlo, y recibió una carta para su maestro ; de un vistazo observó un bonito caballo rosillo flor de durazno, perfectamente aviado, con silla nueva, freno guarnecido, su jorongo saltillero en los tientos, una reata nueva, espuelas, y un sombrero muy galoneado que también le entregó el mozo ; de un brinco penetró en la escuela diciéndole á su maestro lleno de alegría al entregarle la carta : De mi padre, señor, de mi padre.

— Ábrela, hijo, ábrela, á ver qué nos dice mi buen amigo.

En un momento la leyó con avidez, y dándosela á su maestro le dijo : Lea vd., lea vd., albricias, albricias, mi señor padre... y se le arrimó diciéndole al oído : Ya se contentó conmigo, y hacía tantas demostraciones de júbilo, se restregaba las manos, quería medirse el sombrero, salía á hacer cariños á los caballos, volvía á entrar, brincaba, y no estaba quieto un momento ; esto fué causa de poner en desorden á toda la escuela, por lo que advirtiéndolo se revistió de la autoridad de decurión, y les mandó imperiosamente guardar el orden y colocarse en sus asientos.

Entretanto D. Primitivo leía con mucha calma lo siguiente : « Sr. D. Primitivo Cisneros, etc. Hace ocho meses que no estrecho entre mis brazos á mi querido hijo Lorenzo, y si no hubiere algún impedimento, suplico á mi buen amigo el Sr. D. Primitivo, se sirva darle licencia para que pase estos tres días de pascua en mi compañía ; sería muy cabal mi gusto si tuviera

la dicha de que ambos vinieran á honrar esta pobre choza ; si no fuere posible que tenga ese placer y mi hijo se haya hecho merecedor de obtener esa gracia de su segundo padre, ahí va un charchinita rosillo que le destino, y que con orgullo ostenta el hierro de su amo en el lado del subir. »

« Apreciaré que, etc. »

Luego que acabó D. Primitivo de leer la carta, se puso Lorenzo á verlo para saber su determinación, ansioso de escucharlo, y el anciano quitándose los anteojos exclamó : Esto es imposible, de todo punto imposible.

— ¿ Por qué, señor maestro ? preguntó Lorenzo lleno de sorpresa y sintiendo un desconsuelo profundo que lo dejó aterrado.

— Porque hay muchos inconvenientes que nos privan de darle á tu padre ese gusto, y de que gocemos nosotros tan grande satisfacción ; no podemos dejar sola la casa ni abandonar los quehaceres, y... mira, dile al criado que ponga esos animales en la sombra mientras que le contesto á mi buen amigo, quizá para otra vez lo complaceremos. Y volviendo á ponerse los anteojos se dispuso á escribir. Al ver salir á Lorenzo sumamente triste, se sonrió diciendo : Se le cayó el gozo en el pozo, una nubecilla ha bastado para opacar los rayos de su alegría ; pero pronto, muy pronto, se disparará y correrá por esas lomas loco de contento ; no le arriendo las ganancias al rosillito.

Lorenzo salió paso á paso, y con indiferencia le dijo al mozo Julián, arrima los caballos á los fresnos.

— ¿ Pues qué no nos vamos, niño ? le preguntó. — Quién sabe, tú, le respondió con la mayor duda ; dice mi maestro que hay muchos inconvenientes. Se volvió continuamente volteando la cabeza para ver al rosillito, exhalando un profundo suspiro, y se puso muy serio á guardar el orden, tratando de disimular su mal humor.

Acabó el preceptor de contestar, y llamándolo le dijo : Ya sabes, hijo mío, que me desvivo por complacer á las personas de mi aprecio ; pero cuando tiene uno fuertes atenciones y deberes que cumplir, tiene también, á su pesar, que sacrificar sus placeres : aquí está ya la carta para tu padre, en ella le mani-



El maestro y el discípulo.

fiesto los motivos que hay para no poder aceptar su ofrecimiento.

Al escuchar Lorenzo aquellas palabras, un frío sudor bañaba su frente; en vano trataba de querer aparentar tranquilidad; sus ojos lo traicionaban; un momento lo tuvo su maestro en ese penoso estado, y dijo para sí: — No estiremos más la cuerda, basta por ahora. Y mudando de tono continuó:

— A pesar de que tú eres carta viva, le das á mi buen amigo en mi nombre mil excusas, una cumplida satisfacción, y entrégale ésta.

Estas expresiones lo volvieron á su primer gozo; tomó la carta lleno de gusto y se puso á escuchar con alegre semblante.

— Has estado muy cumplido en tus obligaciones, y es justo que vayas á darte una paseadita; á ti no te ligan tantos deberes como á mí; ya le pongo ahí que mi licencia es amplia; que tienes libertad para estarte en tu casa no sólo los días de Pascua, sino todo el tiempo que tú quieras, para que puedas pasear á tus anchuras; como conozco el aprecio que me tienes, creo que no abusarás de mi franqueza, además de que todos te vamos á extrañar mucho, principalmente yo, que mientras no vuelvas, tendré que estar de pies quebrados en casa; tú eres mi fiel compañero, sin ti no puedo dar un paso, tú me ayudas á cumplir con mis obligaciones; en fin, me vas á hacer mucha falta; pero ya que yo no puedo, quiero que te diviertas por mí; conque anda á despedirte de mis hermanas y vuelves á darme un abrazo.

En el instante sin poder contener su regocijo y mirando con atención el sombrero, le dijo á su maestro: — Vea vd., señor, qué sombrero tan charro, tiene sus chapetas, sus flecos en la toquilla, y... — ¡Guapo, Lorenzo, guapo! qué bien te está.

— Pues ahora verá vd. mi caballo qué chulo, señor, legítimo flor de durazno; ¡Julián, Julián! comenzó á gritar desde la puerta de la escuela, trae los caballos.

Se paró D. Primitivo y tras él se agruparon los muchachos admirados. Se montó Lorenzo en el rosillo, le dió su paseada, luego lo bulló, lo arrancó, y lleno de satisfacción le preguntaba:

— ¿Qué le parece á vd. este cuaco? de veritas, de veritas, señor, que es buen penco.

Y se echaba el sombrero para arriba y lo disparaba sobre el brío, teniéndolo en continuo movimiento.

— Si te he de decir verdad, hijo, no me gusta tu caballo, yo soy colegial, y en uno de esos saltos que le haces pegar, iba á dar al suelo.

— Por eso mandó mi señor padre ese otro para vd., y está que ni mandado á hacer; vea vd.

Se apeó del rosillo y montó en el otro, lo anduvo á su sobrepaso, le cruzó la pierna, se sentó en las ancas, le dió talonazos, y el caballo parecía de palo.

— Déle una paseadita por allí por la plaza, señor maestro.

— No, hombre, no seas loco, si hace más de diez años que no monto, y luego en esta facha, qué dirían las gentes.

— Qué habían de decir, que á caballo andan los hombres; ande, señor maestro, estrene mi sombrero.

Y poniéndole el sombrero lo sacó á fuera á montar.

— Si esto no puede ser, hijo, estoy muy torpe, no he de poder, y... Lo alzaremos, lo alzaremos, dijeron varios muchachos arrimándosele. Yo solo basto, replicó Lorenzo. Y alzó en peso á D. Primitivo cual si fuera un niño, acomodándolo en la silla. Mira, Rosendo, le dijo á uno de los muchachos, cuida tantito la escuela mientras volvemos, no más vamos por ahí.

Se puso su sombrero viejo, le echó un brinco á su rosillo, y obligó á su maestro á dirigirse á su casa.

— Solo tú, Lorenzo, has sido capaz de sacarme de mis casillas: bien dicen, que un loco hace ciento; ya me perdiste el respeto en acceso de tu locura, y por no reprenderte delante de esas criaturas sucumbí á tu fuerza.

— No me diga vd. eso, señor maestro, yo no he querido faltarle, sino que como me ha dicho varias veces que es hombre, pensé que como es muy natural, le gustaría montar á caballo y por eso me empuñé en subirlo; pero no lo hice á mal hacer.

— No, hijo, me ha gustado; pero no soy jinete como tú, que manejas á los animales con mucha franqueza.

— Pues sí con ellos me he criado, señor, y ojalá que pudiéramos tener aquí aunque fuera estos dos para que saliéramos en los ratos desocupados á echar una campeada, vería vd. cómo se rejuvenecía y se aliviaba de sus piernas; yo hubiera

querido que fuéramos á mi casa no más para que me viera peñarle á una res el rabo por aquellos texcales, ó prenderle una mangana á una mula cerrera y tenderla en el suelo; porque no soy muy zurdo, señor, cuando desato el ixtle.

En estas conversaciones llegaron á la casa, y fué grande la sorpresa de las señoras y todas las educandas, al ver á D. Primitivo á caballo, de guácaro color de haba, con el sombrero galoneado. Repitió Lorenzo sus ensayadas; les enseñó todos sus arneses, y despidiéndose lleno de regocijo, volvió á dejar á su maestro en la escuela, lo abrazó con mucha cordialidad, le besó la mano, y partió á escape luciendo su excelente rosillo.

Cuando acabó de dar rienda suelta á su contento y cesó el atolondramiento de su genio, empezó á ver con cuidado el cerro de Ocurio que iba faldeando, y admirado de su belleza exclamó: Cómo han crecido estos árboles; qué bien resaltan las palmas entre tanto chaparro; esto es muy hermoso; y haciéndole un cariño al rosillo, prosiguió: De dónde habrá conseguido mi padre este animalito tan razonable; pero ahora que me acuerdo, decía en su carta que ostenta con orgullo el fierro de su amo del lado de subir: veremos de dónde es para estar orgulloso.

Se apeó, y con no poca sorpresa vió L. y C.

— ¿Qué quieren decir estas letras, Julián? preguntó al mozo.

— Lorenzo Cabello, niño; con ese fierro se marcaron este año las crías de la caballada de la estancia del Tejocote; por allá tenía el amo suelto ese potrillo que hace cinco meses lo mandó bajar, y lo cogió á cargo hasta dejarlo de rienda.

Se volvió á montar siguiendo en sus reflexiones, y se decía á sí mismo: ¿Conque ya mi padre me apartó mi manada? este cuaco me lo arrendó y muy bien aperado me lo mandó: luego á pesar de mi falta se ha estado acordando de mí y en mi provecho; ¡con qué placer voy á abrazarlo, á pedirle que olvide mis errores! A este tiempo llegó á la mesa, y al ver la ziranda donde tomó aliento aquella noche fatal y desde donde le dirigía la palabra á su madre, se arrimó á ella mirando para Jungapeo: ¿Está vd. contenta, madre mía? ya no se me volverá á figurar que la miro llorosa suplicándome que obedezca á mí

padre. Ya parece que no soy Lorenzo el descabellado, sino Lorenzo Cabello, como lo demuestra el fierro de mi caballo; descanse en paz y pídale á Dios por que me conserve á mi querido padre. Picó al rosillo y tomó las veredas de los mogotes.

Al llegar al rancho vió venir á su padre por las labores del lado opuesto, y á su hermana parada en la puerta que lo esperaba llena de júbilo con los brazos abiertos. Quebró su caballo con violencia, diciendo: Ya vengo, Ana María, ya vengo, hermanita. Brincó la cerca, tomó un surco de la milpa, partió como un rayo al encuentro de D. Juan, éste se apeó á esperar, y allí, sin que nadie los viera, mutuamente se prodigaron las más tiernas caricias, no cesando Lorenzo de pedir perdón á su padre, quien á la menor insinuación le volvió su gracia, y muy satisfechos ambos llegaron á la casa, en donde continuaron también los abrazos de la hermana y cuñado, lo mismo que los de los sirvientes. La velada se pasó en mil conversaciones, que sustentó Lencho, y durmió con una perfecta tranquilidad.

Al otro día se fué con D. Juan al pueblo, y teniendo íntima amistad con D. Luis<sup>\*\*\*</sup>, comerciante principal de allí, fueron á parar á su casa, mientras Lorenzo salió para la plaza con la esposa de D. Luis y Refugito, una niña de once años, D. Juan se quedó con su amigo contándole lleno de gusto los adelantos de su hijo, y sobre todo, lo diferente que cada día se iba poniendo, y educándose bajo la dirección de tan sabio preceptor.

— Figúrese vd., amigo D. Luis, le decía, que estaba yo de los hombres más afligidos al ver que por más esfuerzos que hacía, jamás pude conseguir que el muchacho se pusiera en juicio y le entraran las letras, sino todo lo contrario, iba creciendo á gran prisa; cada día descubría nuevos resabios, y estaba yo tamaño de que tal vez cogiera malas manías; tenía un genio fuerte y licencioso, caprichudo; si lo regañaban se atufaba, y los trancazos en vez de acobardarlo, conocía yo que lo emberrenchinaban. Por fin, cansado de quejas y no hallándome capaz de sujetarlo, me fuí á pedirle consejo á mi compadre el señor cura de Zitácuaro, que, como su padrino, tiene la obligación de ver por su bien si yo faltare.

Y le contó en breves palabras lo ocurrido, agregando:

— En unos cuantos meses miro á mi hijo completamente transformado. Cuantos conocidos tengo en la villa me han dado mil parabienes, informándome muy bien de su conducta: en una palabra, amigo D. Luis, estoy loco de gusto. Mire no más este parralito de una carta que ayer recibí de su maestro.

Y entregándola á su amigo lleno de satisfacción, leyó éste en voz alta:

« No tengo absolutamente ningún motivo de queja; su conducta irreprochable, su aplicación y el cariño que me tiene, le han granjeado todo mi amor, y ahora le aseguro que sacaremos un excelente muchacho que cumplidamente llene nuestros deseos y colme de ventura nuestras esperanzas. »

— Esto es muy satisfactorio para un padre, amigo D. Juan; también tomo parte en su contento y lo felicito sinceramente. Yo también soy padre; mi hija Refugio es la prenda que más estimo: yo quisiera que acabaran de educármela y tener en ella una ilustrada señorita, que sepa cuantas curiosidades son propias de su sexo. ¿Qué no tiene ese señor pupilaje para niñas?

— Sí, amigo D. Luis, y en su propia casa, bajo la dirección de sus hermanas; de un par de ancianas muy virtuosas y tan buenas como el preceptor.

— Pues no hablemos más del asunto. Mañana mismo voy á providenciar el arreglo de ese negocio.

Cuando volvieron los de la familia le hizo D. Luis varias preguntas sueltas á Lorenzo respecto de las pupilas, á que le contestó satisfactoriamente, y más se afirmó en su propósito de meter de pupila á su hija Refugio.

Se volvió D. Juan con su hijo para el rancho, y le dijo: Los bueyes están en el llano grande, las vacas de ordeña en la loma de San Isidro, y los demás animales en la rinconada de Coporillo; anda á estirar esa reata á ver qué tal lomo tiene esa charchina, qué tal se pega al rabo, y si no fuere de tu gusto, remuda en mi cuatralbo; mas que derrengues las bestias, descuernes las reses y acabes con el mueble del rancho, no te dé cuidado, mátalos, ya están pagados, me han costado mi sudor y trabajo: mira por donde corres, no me vayas á dar una pesadumbre; anda á retozar un rato, que vaya Angel contigo

á hacerte lado. En todo esto obraba D. Juan según las instrucciones de D. Primitivo, y sucedió cuanto el buen preceptor había previsto, pues viéndose Lorenzo con tiempo ilimitado para pasearse y en entera libertad para travesear, muy pronto se fastidió de estar ocioso, y con unas cuantas carreras que pegó tras de las reses, se dió por satisfecho: ya le parecían tristes todos los sitios; los había visto tantas veces, que no le llamaban la atención; miraba á los animales como propios para el objeto á que estaban destinados, con eso por no trincar una yunta, desperdiciar una cría, ni entorpecer los trabajos de su padre, ni coleaba ni lazaba, ni quería maltratar á su caballo en aquellos cerros tan pedregosos, comenzando á reflexionar sobre su propia conservación al ver fijamente aquellos precipicios por donde antes corría ciego á riesgo de matarse. Por otra parte, las bondades de su maestro lo habían cautivado; á cada momento recordaba sus consejos, sus célebres cuentos á las señoras, las pupilas y hasta á los muchachos de la escuela que dominaba y hacía entrar al orden con sólo una mirada, por lo que al segundo día de estar en su casa no hallaba qué hacer; si tomaba la escopeta le daba pena andar á pie por los texcales y asearse sin encontrar una pieza mayor de caza: si se iba al río con objeto de bañarse, al ver el agua tan sucia y amarillenta, se desanimaba. Aunque le era muy grata la compañía de su padre, le parecía que tal vez le haría mala obra en sus quehaceres: en corto tiempo contó á los de su casa cuanto tenía que decirles, y ya no había materia para sus conversaciones, por lo que comenzó á ser dominado por el fastidio, y trató cuanto antes de regresar á la escuela. Sólo estuvo en su casa dos días, y el tercero, muy tempranito, se le fué presentando á su maestro lleno de gozo: con no menos fué recibido de todos; consiguió de su padre fácilmente llevarse los dos caballos, y esa misma tarde casi á to la la familia sacó á pasear, continuando diariamente muy temprano sus ejercicios; estaba sumamente complacido y más hallado que en su propia casa.

Una tarde, al volver de la escuela, se encontró con que su conocida Refugio estaba también de pupila, la consoló de la tristeza que tenía, la animó para que se conformara, le ofreció su apoyo y le prodigó tantas atenciones y cuidados, que al fin

logró tranquilizarla. La antigua amistad que tenían, el continuo trato é intimidad, fué motivo para que poco á poco se quisieran con exceso, y á los seis meses mutuamente se amaban tanto, que no podían estar separados; y como se manejaban sin malicia, no disimulaban su inclinación, de manera que las señoras dieron parte de esto á D. Primitivo. Este, que mucho antes que ellas lo advirtió, no se alarmó, sino que constante en sus doctrinas, les dijo:

— No tengan pena por eso, es muy natural que simpaticen; y aunque el corazón de Lorenzo es impetuoso y lleno de fuego, es al propio tiempo dócil, sencillo y de buenas inclinaciones: es necesario no engendrar en él la malicia; la chiquilla es de buena índole y era fuerza que se estimaran: vigílenlos desde lejos sin que ellos lo adviertan, y en cuanto les sea posible, déjenlos que, como hasta aquí, candorosamente se manejen.

— Pero, Primi, replicó una de las señoras, es mucha la afición con que se miran.

— Y con exceso se prodigan mutuamente mil atenciones, agregó la otra.

— Con razón, hijas, con sobrada razón. ¿De qué se admiran? Mi muchacho va á cumplir quince años, es buen mozo, simpático, alegre, servicial, ¿cómo no lo han de querer las niñas? Ahora, pónganse en su lugar: se conocen desde chicos, están en una propia casa, esa jovencita ya tiene trece años, Dios le ha dado un rostro angelical, unos ojos divinos. ¿Cómo ha de poder ese joven resistir á sus encantos? No es de palo.

— Entonces tú fomentas esa inclinación que tal vez puede tomar otro carácter.

— No la fomento, sino que conozco que es natural, precisa, inevitable, y no está en nuestra mano sofocarla, y para que no tome ese otro carácter que vds. temen, no hay más que un remedio, mantenerla en el estado de pureza que aconseja la prudencia, porque si comienzan con escrúpulos y boberas á evitarles que se hablen, que se miren con la franqueza de su edad, avivan el fuego en vez de apagarlo; lo que era una simple afición se vuelve un capricho; una supuesta apariéncia la hacen realidad; un natural instinto se torna en deseo, y lo que es más, que todo lo que hoy hacen sencillamente delante de todos, después

lo repetirán mil veces con estudiada malicia, cubriéndose con la capa del misterio, ó tal vez con la de la vil hipocresía. Si sólo es una ilusión de amor la que comienza á arder en esos corazones, con la facilidad que nace muere al menor impulso de la razón, el convencimiento ó el continuo trato; mas si por el contrario, es una llama pura que se alimenta inocentemente de candor y va nutriéndose con el honor, la virtud, el respeto y demás atributos de un verdadero amor, procuremos que siempre se conserve viva para no dar lugar al desarrollo de otras pasiones indignas que también germinan en cualquiera criatura, y yo no quiero sembrarlas sino aprovechar esta circunstancia que puede sernos muy favorable para cumplir con nuestro deber y sacar un par de excelentes muchachos. Vdes. no se separen de mis instrucciones, y lo demás corre de mi cuenta.

Siguió la pasión con sus pasos contados, correspondiéndose mutuamente con la mayor sencillez, pero una fatal desgracia vino á darles á conocer la amargura: enfermó D. Luis, y á los pocos días murió, dejando de albacea á su esposa, y nombrando por curador de su hija á su cuñado D. Epitacio S., hermano de la señora, á quien ésta puso desde luego á administrar los intereses: con este motivo mandó la madre por Refugio; pero fué un golpe tan inesperado, que apenas tuvieron los tiernos amantes un corto tiempo para despedirse, y aprovechando un momento de distracción de las señoras, se reunieron en el corralito de los puercos, se abrazaron con ternura deshechos en llanto, humedeciendo ella el pecho palpitante de su amado, á tiempo que él bañaba con sus lágrimas la cabeza de su hechicera beldad; estuvieron así un corto intervalo, la estrechó Lorenzo nuevamente, le dió un beso lleno de fuego en la frente, y le dijo desprendiéndose con precipitación: *no me olvides, prenda mía, adiós...* y corrió para la caballeriza con los ojos preñados de lágrimas; ella sólo pudo responderle con balbuciente voz: *ni tú tampoco... co, Lorenzo... adiós...* y salió por la zotehuela, atravesó la cocina, y se preparó para que el criado la subiera á caballo después de abrazar y despedirse de las señoras.

Lorenzo así que acabó de desahogar su pena, se limpió los

ojos exclamando: ¿Qué tendrá esta muchacha para mí, que me cuesta tanto el separarme de ella? Ni al despedirme de mi padre y de mi hermana he sentido un dolor tan profundo.

Cerca de dos meses duró esta ausencia, y aunque se escribieron varias veces y cada ocho días iba Lorenzo á Jungapeo, en todo este tiempo casi nada adelantó, siempre estaba triste, melancólico, distraído, y sin gana de trabajar; mas luego que volvió Refugio apareció su genio festivo, y prosiguió en sus tareas con tanto empeño, que presentó una plana á su maestro muy bien hecha, estimulado de que le dijo Refugio que con muchísimo trabajo había leído sus cartas tan llenas de garabatos y borrones, y él le contestó: Te ofrezco que no has de volver á tenerlos, porque voy á aplicarme para que si se vuelve á ofrecer, puedas entender lo que te escriba. Luego que D. Primitivo vió la plana y advirtió el semblante alegre de su discípulo, dijo para sí: Ciertos son los toros, este muchacho está de veras enamorado de esa niña; pues aprovechemos la ocasión. Se quedó mirando la plana con detenimiento, y poniendo la vista fijamente á Lorenzo, exclamó como compadeciéndolo: ¡Lástima de joven! esto me da la idea más triste.

— ¿Qué cosa, señor? se atrevió á preguntar Lorenzo, que orgulloso de su obra se esperaba lo contrario.

— Que no tengas carácter, y no trates de asentar la cabeza.

— No comprendo por qué me dice vd. eso.

— Porque cual veleta, cualquier viento te hace mover. Mira qué plana tan bonita has hecho hoy que tuviste gana de escribir, y hace como dos meses que no más has tratado de salir del día, sin aprovechar ni una jota. El hombre que no tiene carácter todo lo emprende fogoso, todo lo hace á medias y nada concluye; conozco que no has estado de humor de escribir; á mí me sucede lo mismo, me fastidio y tiro la pluma; pero mi deber me hace volverla á tomar, y no porque estoy molesto dejo de echarles renglón á los chiquillos.

— Es verdad, señor; alguna vez no he tenido gana de escribir, y por eso...

— Pues mira, desde hoy tienes absoluta libertad para escribir á la hora que tengas humor de hacerlo; no quiero planas enteras, un renglón, una sola letra, pero que sea bien hecha;

ya puedes pautar para mañana papel de quinta, y por vida tuya, hijito, que no seas loco: cuando te propongas una cosa, adelante hasta concluir, poniendo el cuidado posible para no dar un paso atrás, porque un hombre no ha de ser voluble en sus empresas, sino seguirlas constante hasta acabarlas; y si hay dificultades, sobreponerse á ellas: v. g., te determinas á estudiar, pues no fastidiarse al primer repaso, sino tesonea y tesonea hasta aprender, y así en cuanto te dediques; no veo la hora de que escribas bien para que me ayudes á llevar la carga: quiero que te encargues de echarles renglón á las niñas y corregir sus planas; ese trabajo diario me molesta demasiado, y tanto viajecito me casa ya.

— Pues si vd. quiere iré desde mañana á encomendarme de eso, respondió Lorenzo lleno de gusto, porque con ese motivo tendría más lugar de adorar los encantos de su amada.

— Qué fogoso eres, y cómo se conoce que no meditas en lo que hablas.

— ¿Por qué, señor? — Porque ya quieres ir á ayudarme en este delicado trabajo, sin premeditar que varias niñas están en octava, y sería una vergüenza que advirtieran que ellas están más adelantadas que su corrector; apúrate, que donde tú te empeñes y tengas constancia y aplicación, pronto te confiaré esa encomienda.

Por tal de lograr su fin y abochornado de haberse mostrado tan ligero, se dedicó á escribir con tal empeño, que á todas horas lo hacía, y hasta en el suelo con una varita que andaba trayendo, se ponía á ejercitar en rasgos y ligazones, de suerte que en menos de dos meses escribía perfectamente aprisa, y ya lo mandaba su maestro una que otra vez á corregir, y con el pretexto de que les echara cuentas, tomara lecciones de aritmética, gramática, ortografía, etc., á las niñas aprendió perfectamente cuanto quiso D. Primitivo.

La sumá franqueza con que veía á Refugito hacía el mantener su amor lleno de complacencias puras; la continua ocupación en que estaba de cuidar los caballos, estudiar, escribir, celar en la escuela y en cuanto le mandaban, no le daba lugar á máldades, y muchas veces ni á pensar en ellas; podía ir al rancho á cualquiera hora, y en la misma casa tenía lo que en-

tonces le llamaba más su atención, Refugito y su caballo rosillo, así es que nada le inquietaba y aprovechaba tranquilamente todas las lecciones de su maestro; pero estaba decretado que no gozara de sosiego, pues enfermó la madre de Refugito y volvieron á llevársela para su casa. La segunda separación también fué muy sensible, aunque no tan tierna, pues ya Lorenzo muy pronto dejaría á su maestro, que en vano se afanaba en persuadirlo á que aprendiera gramática latina, y lo tenía sólo haciéndolo ejercitar su letra.

Murió la señora, y habiendo visto que su hermano se manejó mal, nombró por su albacea testamentario, fideicomisario y tenedor de bienes, á D. Juan Cabello, que le merecía entera confianza. Refugio quedó en su casa bajo la curatela del tío, quien no hizo mayor caso para volverla al establecimiento; pero á pesar de la separación, siguieron ambos amantes escribiéndose á menudo y viéndose cada ocho días.

D. Juan para desempeñar su encargo, trató de que se formaran inventarios, de que arreglara D. Epitacio sus cuentas y demás cosas necesarias para cumplir con su deber. Esto comenzó á indisponer al tutor que ya consideraba los intereses como suyos: se ponía serio luego que Lorenzo llegaba á la casa, le prohibió á su sobrina que tuviera tanta estrechez y confianza con él, y no hallaba modo con que provocar disputas, para que tanto el padre como el hijo se ausentaran de la casa y se entorpecieran los inventarios, llegando las cosas hasta el extremo de que el día menos esperado se hicieron de razones en la plaza, y D. Epitacio, hombre villano y ordinario, le dió á D. Juan una bofetada, haciéndolo retirarse muy ofendido y avergonzado, sin haber podido contrarrestarle, tanto porque su educación era diversa, como por la imposibilidad de su estado enfermo y agobiado.

Refugio vió aquella escena y le tuvo muy á mal á su tío semejante proceder; pero él despreció sus palabras, la trató con mucha aspereza diciéndole mil expresiones soeces y desahogos con los que la confundió. Jamás habían llegado á sus oídos, dirigidas á ella, semejantes palabrotas, terminando la escena con que se retirara á su recámara á llorar su desventura; y como de cuanto pasaba informaba á su amante, le escribió



con el mayor candor todo cuanto ocurrió aquella mañana.

Recibió su carta Lorenzo cerca de la oración : al instante que acabó de leer se le encendió el rostro, los ojos le centellaban, apretó fuertemente los dedos cerrando las manos, y en todo demostraba la cólera que sentía; luego se guardó la carta y exclamó : En caliente se pega el fierro. Disimuló su estado, pidió licencia á su maestro, ensilló su rosillo, y á poco después partió á media rienda para Jungapeo.

Como ya varias veces le había ocurrido ir á su casa á ver á su padre y volverse muy temprano, no hubo inconveniente en obtener licencia, ni D. Primitivo se alarmó por su viaje á esas horas.

Cortó camino salvando cercas y atravesando las labores de Ocurio, llegó al puerto, luego que vió en el fondo de la cañada á Jungapeo, dijo hablando solo : Sr. D. Epitacio, nos rifaremos, yo le enseñaré á medir sus fuerzas con un anciano enfermo y achacoso. Vd. ha tenido la vileza de tocar su rostro venerable; yo le he de romper esta noche las quijadas : mi padre se ha retirado lleno de infamia; á vd. lo he de dejar tendido con las muelas campaneando, si no es que va á amanecer en el infierno. Ya me parece que estoy mirando á ese pícaro haciendo alarde de su hazaña delante de los pillos que concurren á su tienda, para recordar su vanagloria. Yo le ofrezco, señor mío, que si queda vivo se acordará del peso de mi mano para toda su vida. Sépase que la sangre de ese respetable anciano á quien ha ofendido tan vilmente, circula por mis venas : estoy como agüita para chocolate, y no me traga de un sorbo ni me masca de un bocado.

En estas y otras reflexiones llegó al pueblo; por no hacerse notable dejó su caballo emboscado en una huerta amarrado en un guayabo, y á pie, embozado en su manga, se situó frente á la tienda de D. Epitacio, ocultándose entre unos paredones ruinosos que un tiempo fueron la Colecturía de diezmos. Desde allí estuvo pendiente mirando á D. Epitacio platicar con varios borrachines que formaban su tertulia, no atreviéndose á presentársele porque quería vengarse sin que persona alguna le estorbara.

Después de las ocho de la noche cerraron la tienda, y cuando

Lorenzo casi perdía las esperanzas, vió que D. Epitacio salió por el zaguán y tomó la calle de arriba : se fué tras él á una vista, torció por el callejón de la izquierda, lo siguió, y cuando trató de alcanzarlo se entró en una casucha de las de por allí; entonces se sentó en el sardinel determinado á esperarlo; ya que había pasado un buen rato, notó ruido, se puso á espiar por la puerta y vió venir á D. Epitacio muy espacito, trayendo echado su brazo derecho sobre el cuello de una muchachona de no malos bigotes, y ella, con una vela en la mano, defendía con los dedos de la otra la flama para que no se apagara, y al mismo tiempo oyó que le dijo :

— ¿ Pues por qué te vas tan pronto ?

— Porque esa maldita de Dolores cada día me fastidia más con sus celos; ya le ha dado el cabresto por las corvas, y donde se me suba el tonto á la cabeza, le vuelvo á dar otra tunda de porrazos. He puesto el amasijo en la tienda vieja que está en la cuadra que sigue, y ahora con el pretexto de ir á cuidar de los panaderos, podré venir á verte todas las noches con más franqueza.

Por lo que escuchó Lorenzo, conoció que D. Epitacio seguiría su viaje para la cuesta arriba en dirección de la tienda vieja, y andando de puntitas á pasos largos, se retiró un buen trecho. Salió D. Epitacio, prosiguió su camino, y cuando iba por lo más solo de aquel tortuoso callejón, se le presentó Lorenzo que se volvió para encontrarlo.

— Buenas noches, D. Epitacio, dijo, interrumpiéndole el paso.

— Buenas... se las dé Dios... amigo, contestó lleno de sorpresa, tratando de sacar un puñal que llevaba en la bolsa.

— No se asuste, D. Epitacio, yo soy Lorenzo Cabello, míreme bien. Y se desembozó.

— ¡ Ah!... sí, Lencho; ¿ pues qué andas haciendo por aquí ?

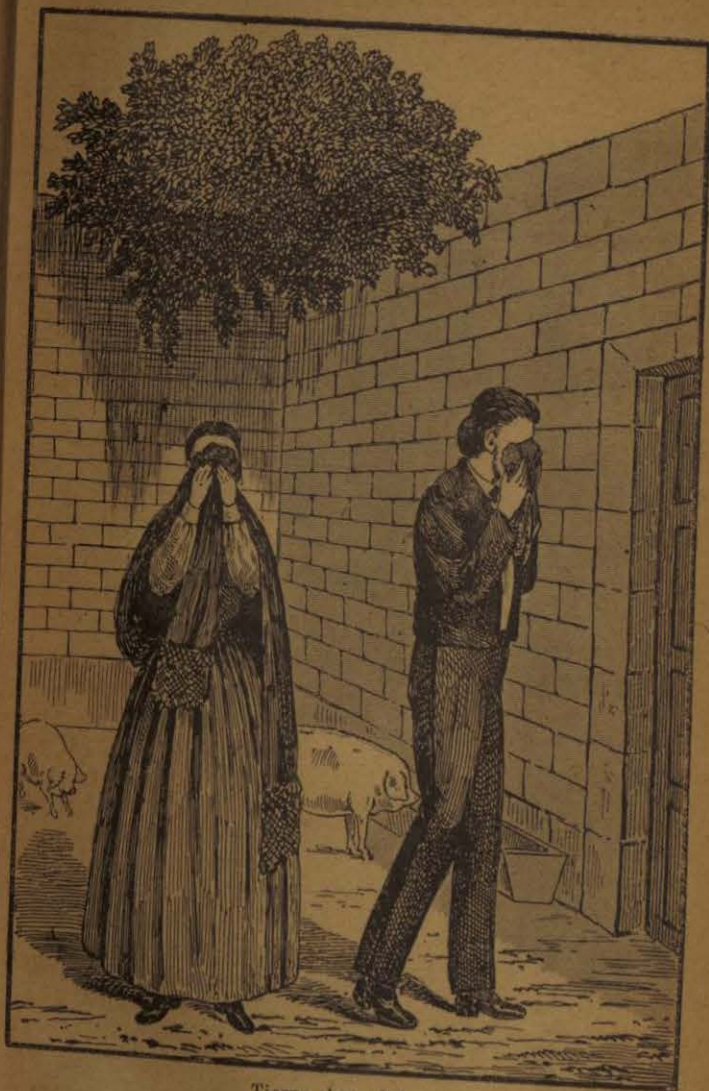
— Tengo que arreglar un negocito con vd. He sabido que hoy le ha pegado un bofetón á mi señor padre y vengo á que me lo empareje, porque uno sin otro no vale nada.

— Quita allá, mocoso, ese es asunto de los hombres : es mejor que te vayas á la escuela á decorar la cartilla.

— De allá vengo y para allá me volveré tan luego como acabe

de satisfacer el ultraje, es vd. un infame con medir sus fuerzas con un pobre viejo que á deshonra tiene alternar con un ladrón como vd.; conmigo se ha de rifar, grandísimo... y se le cerró desde luego á las trompadas, sin darle tiempo á usar de su puñal; la lucha fué reñida, y agarrándose á brazo partido forcejeaban desesperados, sin lograr obtener ni uno ni otro conocida ventaja; por fin, haciendo Lorenzo un fuerte empuje, vaciló su contrario, y redoblando sus fuerzas, cayó D. Epitacio de costillas, y Lorenzo montado sobre él, le apretó los lagartillos de los brazos con las rodillas, y con ambas manos, á derecha é izquierda le empezó á repetir tantas bofetadas, que lo dejó medio muerto, cumpliendo su propósito de que se le campanearan las muelas, y que para mientras viviera se acordara del peso de sus manos.

Así que ya no hizo su adversario ningún esfuerzo, lo arrimó contra la pared, le puso de cabecera su sombrero, le quitó el puñal que llevaba, lo tapó con su manga, y muy satisfecho, soplándose los tanguitos de los dedos de las manos que se los peló contra las quijadas de D. Epitacio, se fué adonde estaba su caballo, se montó y cogió el mismo camino que había traído paso á paso, descansando de la fatiga, sin haber sido visto ni observado de ninguno. Ya por ahora, se decía á sí mismo, dejamos arreglado este negocio; no le quise hablar á ese bribón nada de Refugito porque no crea que ella me avisó; pero si de esto escapa y no muere, yo le enseñaré á tratar como se debe, á esa niña, á su ama, á la dueña de los intereses que está dilapidando; varias veces me vi tentado de alzar tantito la mano, y pegándole en las sienas despacharlo de una vez; pero como me propuse sólo quebrarle las quijadas, ya no hice más empeño. Pero vaya si no me ha costado tantito trabajo, y qué torpe estoy para las luchadas, de veras que el meco ése tenía fuerzas y se defendía furioso; pero luego que le hice la tortuga trastabilló y dió tan fuerte zapotazo, que no hacía más que tirarme de patadas queriéndose chispas de entre mis piernas; si no se hubiera burlado de mí diciéndome mocoso y quién sabe qué cosa de la cartilla y la escuela, puede que me hubiera contentado con darle unos cuantos zoquetazos; pero me la echó de hombre, no procuré darle una satisfacción de la ofensa, y allá se las haya por



Tierna despedida.

buscarle tres pies al gato : es verdad que me dió cuatro ó seis puñetes en los lomos, y otros que me quité con el brazo izquierdo, pero el que yo le metí de abajo para arriba cuando iba á sacar su puñalito, estuvo de cajeta : y ahora que recuerdo, para qué me traje este puñal, yo no necesito hierro, con mis manos me basta, y trató de arrojarlo á la barranca, se quedó pensativo y dijo : Guardémoslo porque puede que sea necesario enseñárselo algun día. Hizo tiempo para llegar á buena hora, y al ir á saludar á su maestro, le advirtió éste algunas manchas de sangre en los puños de la camisa, la pechera desgarrada, las manos hinchadas y algo de raro y extraordinario en el común estar de su rostro que lo alarmó, y preguntó lleno de inquietud :

— ¿ De dónde vienes, hijomío? — De Jungapeo. — ¿ Entonces tú no fuiste á tu casa? — No, señor, ni lo he pensado. — ¿ Qué has ido á hacer al pueblo? — A vengar un agravio. — ¿ Pero qué agravio han podido hacerte? — Han ultrajado las venerables canas de un anciano. — ¿ Y quién te mete á ti en esas cosas? — No debía consentir que tal infamia se quedase impune. — ¿ Pero de cuándo acá te me has vuelto tan Quijote? — Desde ayer tarde que lo supe. — Expílicate, Lorenzo, me pones en conflicto con tu arrogancia, no te comprendo.

— Pues, señor, la cosa nada tiene de extraño; supe que ayer por causa de los asuntos de la testamentaria tuvo mi señor padre un mal rato con D. Epitacio, que quiere armarse con el santo y la limosna; es imposible que puedan conciliarse jamás un hombre de bien y un pícaro; la cosa se incendió y llegó al extremo de que ese infame y cobarde le dió una bofetada á mi padre públicamente, el pobre sufrió la ignominia, se ha tenido que retirar humillado y lleno de vergüenza; yo soy su hijo, lo amo de todo corazón, y fuí á que me la emparejara para que completara su obra, la suerte me ayudó y lo he dejado tendido roncando un rato, eso es todo lo ocurrido, que nada tiene de particular. — ¿ Si habrás ido á hacer la diablura de matarlo? — Si tal cosa ha sucedido, señor maestro, yo no tuve tal ánimo, me propuse sólo quebrarle las quijadas, bastante cuidado tuve para no darle en un sentido, y no lo juzgo tan delicado que las lle por esa friolera. — Ahora verás en qué cuidado nos pones por no reflexionar en lo que haces y llevarte de los ímpetus de

tu genio fogoso y loco, con semejantes escándalos. — Sobre eso no tenga vd. tampoco cuidado, nadie nos ha visto, y le tanteé tan bien el golpe, que ni modo de que se me escapara. — ¡Cómo es posible que hayas hecho también una vileza! — No, señor, lo espí, y cuando me pareció á buen tiro, me volví á encontrarlo cara á cara, me dí á conocer, le expliqué el objeto de mi viaje, se burló de mí, y nos agarramos á las trompadas, metió mano á su hierro, me le cerré como los hombres, luchamos tantito, á la primera jugadilla lo porraceé, y á mi sabor cumplí mi propósito, lo dejé en el mismo sitio muy abrigadito, y me volví para acá al puro tranco de mi caballo, san se remató y es cuanto.

— ¡Quién sabe qué fatales consecuencias tendrán estas locuras! — Si acaso hay algo de fatal será para él, porque de seguro no volverá á mascar cacahuates. — Tal vez ese hombre ya le habrá dado una satisfacción á tu padre y tú has ido á hacer una tontería. — No lo crea vd., señor maestro, eso sólo lo hace la gente fina, éste es un meco, que ni lo habrá pensado. — Siempre tú has hecho mal, debías de haber ido á ver á tu padre y... — No prosiga, señor maestro, mi padre me manda que no me mezele en esos asuntos, y á fuerza tengo que morderme un codo y estarme fuerte. — Pues para eso hay justicia, se eleva la queja, y ella castigará al culpable.

— Eso había de haber hecho D. Epitacio si mi padre le faltó, quejarse á la autoridad; pero la quiso echar de valiente tomándose la justicia de propia mano, y yo seguí su ejemplo, con la diferencia de que eligió para eso la plaza pública á la luz del día, y yo el paraje más solito, en la obscuridad de la noche; él quiso que todo el pueblo lo viera, y yo me excusé para que nadie lo sepa, sólo á vd. he comunicado esto, y confiado en su prudencia le suplico que ni á mi padre le cuente lo acontecido, ya veremos lo que sucede; á lo hecho pecho.

— Y, á lo por hacer remedio, hijo mío, y yo también te suplico que me trates con entera confianza, que me consultes, soy tu verdadero amigo, y tal vez un consejo á tiempo podrá cortar consecuencias funestas que tú no preveas.

El domingo fué á Jungapeo: antes de llegar á su casa se encontró con Refugio en la plaza: ésta encomendó á la criada la

compra del recaudo y se puso á hablar con Lorenzo adonde no podían ser escuchados, en los paredones de la casa del diezmo.

— Recibiste mi cartá, Lencho; yo no sé por qué después de mandártela me pesó.

— No sé de qué carta me hablas, Refugito, le respondió queriendo ver por dónde despuntaba.

— Vaya, si no te la dieron me alegro, porque me puso en cuidado. — ¿En cuidado? pues ¿qué me decías en ella?

— Nada, nada, tú, hoy te contaré eso despacio, es cuento muy largo. — ¿Y qué milagro que saliste sola á la plaza?

— Está mi tía en la tienda, porque mi tío está en cama muy malo. ¿Qué no has sabido su desgracia? — No, cuéntamela.

— Que como ahora ha mudado el amasijo á la tienda vieja, el pobrecito tiene que ir todas las noches á ver á los panaderos. El jueves cuando llegó se encontró con que ninguno estaba allí; ya eran las diez y ni siquiera habían mojado la harina: le dijeron que estaban en un fandanguito en casa de la Tempolocata, y por no venir á ensillar hasta acá, quién sabe quién le prestó un caballo de falsa rienda, el resultado fué que ese maldito animal se le partió reparando á media subida, lo tiró, y quedándose atorado de un estribo lo arrastró por la cuesta abajo un gran trecho. Lo esperamos hasta muy tarde; mi tía se puso hecha una leona y cada rato quería ir á buscarlo, se desmechó solita, renegaba, y cuando le pregunté qué tenía, me decía llena de rabia: «Estoy celosa, estoy celosa.» Ay, tú, qué miedo da ver á una mujer celosa; por fin, á la madrugada trajeron á mi tío unos arrieros que lo encontraron tirado en el callejón de las Amescuas.

— Pues no he sabido nada. — ¿Qué no pasas á saludarlo? ya te ha de haber visto mi tía desde la tienda y no vayan á decir que sólo vienes por mí.

— ¿Pero qué ha sido cosa de cuidado? — Sí, tú, tiene astilladas las quijadas y ha estado escupiendo los dientes y las muelas; mira una, y tiene tres pies.

— ¡Caramba, qué muelota! estaba fuerte y sana.

Y al disimulo se la fué guardando en la bolsa.

— Conque allá nos veremos, ya me he dilatado; y se separaron.

Lorenzo se dirigió para la tienda : la tía lo recibió como siempre y lo hizo pasar para adentro ; penetró hasta la recámara donde estaba D. Epitacio á guisa de Santo Entierro, tendido en su cama lleno de vendajes, con una cara monstruosa por la fuerte inflamación que tenía ; una criada con una pisterita de hoja de lata le echaba un líquido por un lado de la boca, que era lo único que podía pasar.

— ¿Qué ha sido eso, amigo D. Epitacio? preguntó Lorenzo.

— Una desgracia, niño, contestó la criada; lo arrastró un caballo la otra noche en la cuesta de Tepangareo. Salió la criada, y el enfermo con voz balbuciente le dijo : Ya... nos... veremos... — Cuando guste, amigote, ya sabe cómo me llamo, estoy en la escuela y ahí verá que el que sabe quebrar quijadas, puede que se ingenie en rebanar tripas : mire, ya tengo con que quererlo; y le enseñó la cacha del puñal que le quitó : conque por ahora cantaritos y alivíese lo más pronto.

Entró Refugio, saludó á Lorenzo para disimular que se habían visto, y le dijo : Qué dices, Lorenzo, ¡qué golpe tan feo, Jesús! nadie está safo de una mala hora.

— Ha sido una desgracia, Refugito, lo siento en el alma, replicó con marcada ironía, cuidalo con esmero, es tu tío y basta que te quiera tanto para que correspondas á las muchas atenciones y cariño con que te trata. Conque, D. Epitacio, me retiro.

Refugio salió á esperar á Lorenzo á las piezas de afuera, y entretanto éste, tendiéndole la mano á D. Epitacio, lo obligó por aquella demostración á que sacara la suya; se la tomó Lorenzo, y le dió tal apretón, que lo hizo retorcerse como culebra, á la vez que le decía : Esa es la orilla, amigote, adelante está el pueblo, por el sobrescrito se saca la carta. Salió, se abrazaron ambos amantes, diciéndole Lorenzo en voz alta : Cuidalo, Refugito, porque no veo la hora de que se alivie.

Siguió Lorenzo su camino para el rancho, y al ver á su padre con tamaño moretón en un carrillo, le preguntó como sorprendido : ¿Qué ha sido eso, padre mío?

— Nada, hijo, un descuido, una distracción. Iba al pueblo, y bajando por Tepangareo, ese maldito caballo tortuguillo se espantó y dió tan fuerte rastrillazo, que cogiéndome desprevenido, por poco me chispa de la silla, y por atender á la rienda

me pegó un azotazo una rama de guayabo, que no faltó nada para que me sacara un ojo.

— ¿Qué malditísimo caballo, señor! Deje vd. que yo salga de la escuela para cogerlo á cargo, yo le ofrezco quitarle esa mala maña. Pero qué cuesta esa tan desgraciada, señor padre, pues el jueves en la noche le dió á D. Epitacio una arrastrada un caballo, que por poquito estaca la zalea ; creo que allí se les mete el diablo á los caballos de resabio.

— ¿Quién te ha contado eso? — Yo que he ido á visitarlo ; ya ve vd., en la cama y en la cárcel se conoce á los amigos : está el pobre hombre con todas las quijadas hechas astillas ; tiene una carota que da horror, no le ha quedado una muela buena, y sólo pasa con mil trabajos algunos líquidos con que lo están manteniendo.

— Dios castiga sin palo ni cuarta, decía D. Juan para sí mismo.

Después de comer se volvió Lorenzo para la villa ; iba pensando en lo ocurrido, diciendo : Hasta ahora, D. Epitacio se ha estado fuerte, me dijo que ahí nos veremos ; pues corrientes, nos veremos, ya sé que para la lucha no vale nada, y que más duros son mis huesos que los suyos ; con lo último que le dije habrá entendido que no ignoro el mal trato que le da á Refugito, y ha de ser muy bestia si no conoce que sobre ese asunto tenemos cuenta pendiente que arreglar. Respecto de mi señor padre, no me ha querido decir la verdad, y se excusó echándole la culpa al tortuguillo ; luego le da vergüenza decirme que se ha dejado insultar : tiene razón, yo haría otro tanto, jamás le exigiré más aclaraciones, ni mucho menos sabrá por mi boca que me hice cargo de la revancha : quédese todo en tal estado y vamos andando.

Luego que llegó, fué D. Primitivo lleno de cuidado á que le contara lo ocurrido, se lo dijo todo, excepto lo de que estaba aplazado con D. Epitacio, quien no pudo aliviarse y salir hasta los tres meses. En todo ese tiempo estuvo frecuentando sus visitas Lorenzo ; por último, en una de ellas, cuando ya estaba repuesto, se promovió conversación sobre el asunto pendiente, y conociendo D. Epitacio que su adversario había adquirido más potencia, mientras que en él sucedía lo contrario, tuvo que ponerle una transacción.

— Yo soy tan bueno por la buena, como malo por la mala, contestó Lorenzo; he sido el agraviado, porque vd. hizo la felonía de faltarle á mi padre; y si está determinado á que le echemos tierra á este negocio, yo sólo le exijo que le dé una cumplida satisfacción: creo que ya no tendrán que atravesar palabra, porque el señor juez de letras me ofreció formalmente admitirle la renuncia del albaceazgo que tiempo hace que está solicitando.

— ¿Pero en qué forma quieres esa satisfacción, Lorencito?

— Muy sencilla. Le escribe vd. una carta disculpándose del hecho y solicitando su amistad: el domingo me lo traigo por acá, se hace vd. el encontradizo, le habla como antes, nos trae vd. á almorzar á su casa y nos largamos después: si le conviene nuestro trato, corrientes, y si no, lo mismo se nos da, ni solicitamos favor ni compramos amistades. Lo que vd. le escriba á mi padre estoy seguro que no lo divulgará, y como su ofensa fué pública y todos creen que han quedado chocados quiero que vean que están reconciliados y tan amigos como siempre. Eso es respecto de mi señor padre: en cuanto á nosotros, le pongo dos condiciones que me ha de ofrecer cumplir como los hombres: la primera, que jamás diga á nadie que yo tomé parte en este negocio; y la segunda, que trate á su sobrina como quien es, como á una niña virtuosa, como á una señorita, como á la dueña de la casa, que por mil títulos es acreedora á las mayores atenciones; porque si llega á mis oídos que se repite la escena última en que la trató como acostumbra hacerlo con su mujer, brinco las trancas, D. Eпитacio, no respondo de mí porque tengo mal genio, y sería capaz de divulgar adónde va vd. á buscar á los panaderos que tiene en el amasijo, cuál fué el caballo que lo arrastró por Tepangareo, y para comprobarlo les diría: Vayan á la casa del Chirimoyo, en el callejón de las Amescuas, y verán una chaparrita de pelo crespo; miren esta muela matriculada que quién sabe cómo se me enredó entre los dedos, y este puñalito que cambalacheé en la escuela cuando me llevó D. Eпитacio á decorar la cartilla. Conque así, amigo mío, resuélvase, yo tengo justicia, y si vd. conoce la razón, aquí queda cortado este negocio.

Conoció D. Eпитacio que no había más que ceder, que Lo-

renzo estaba al tanto de otro secreto; que era muy capaz de hacer lo que le había dicho, y accedió á todo; puso la carta en los términos que se la dictó Lorenzo, quien se encargó de remitirla, enseñándola antes á su maestro para que viera la conclusión de eso que lo tenía en gran cuidado. El domingo, acompañado de su padre, se efectuó todo lo dicho, y D. Eпитacio á su pesar, le ofreció solemnemente cumplir con lo demás, procurando siempre ver cómo conseguía desterrar á Lorenzo de la casa y estorbar con disímulo el que siguiera enamorado de su sobrina.

Mientras que D. Juan agitaba la admisión de su renuncia, D. Eпитacio echaba empeños para que recayera en él el albaceazgo, hasta que por fin ambos lograron su objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33487